



# Los jóvenes en la Argentina

# Los jóvenes en la Argentina

*Desde una epistemología de la esperanza*

Florencia Saintout

Universidad Nacional de Quilmes

Rector  
Mario E. Lozano

Vicerrector  
Alejandro Villar



Bernal, 2013

---

Florencia Saintout

Los jóvenes en la Argentina : desde una epistemología de la esperanza .

- 1a ed. - Bernal : Universidad Nacional de Quilmes, 2013.

120 p. ; 15x23 cm.

ISBN 978-987-558-258-3

1. Medios de Comunicación. 2. Jóvenes. I. Título.

CDD 302.23

---

© Florencia Saintout. 2013

© Universidad Nacional de Quilmes. 2013

Universidad Nacional de Quilmes

Roque Sáenz Peña 352

(B1876BXD) Bernal

Provincia de Buenos Aires

República Argentina

<http://www.unq.edu.ar>

[editorial@unq.edu.ar](mailto:editorial@unq.edu.ar)

ISBN 978-987-558-258-3

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

# Índice

Presentación . . . . .	11
PRIMERA PARTE. Lo que queda de la destrucción	
Capítulo I. Lo que se rompió. Lo que falta . . . . .	21
Capítulo II. Ni siquiera pibas churras . . . . .	35
SEGUNDA PARTE. Medios de comunicación hegemónicos y juventudes: la necesidad de dar la batalla cultural	
Capítulo III. Los medios hablan de los jóvenes. Sus respuestas . . . . .	49
Capítulo IV. La relación política/jóvenes: cuando la derecha la niega . . . . .	63
TERCERA PARTE. Jóvenes y reconstrucción	
Capítulo V. El pensamiento experto y su mirada sobre los jóvenes en los noventa. . . . .	71
Capítulo VI. Jóvenes militantes: la reconstrucción . . . . .	81
Capítulo VII. La Cámpera. . . . .	101
A modo de cierre . . . . .	117
Bibliografía . . . . .	119

*Como siempre, para Tomás y Catalina, por la belleza de la vida.*

*Y a los vientos del sur, por lo que volvió; por los sueños de futuro.*

## Presentación

La invención de la juventud ha estado ligada en Occidente a la invención del futuro. Los jóvenes son considerados los sujetos que a través de su paso por determinadas instituciones se harían cargo de transmitir una herencia y tomar en sus manos los desafíos de un tiempo nuevo. Decir que “los jóvenes son el futuro” fue un lugar común durante años, y esto implicaba pensar que pasado y futuro se anudaban en ellos. Que eran los jóvenes los que garantizaban la pervivencia de un proyecto común que habían construido las generaciones pasadas. En estos imaginarios, por supuesto, se normalizaban unas ciertas ideas de juventud y se patologizaban otras. Había unas juventudes doradas y otras peligrosas, amenazantes o simplemente incapacitadas. Pero, en líneas generales, la idea de juventud se sostenía en un imaginario de futuro al que se le entregaba el mundo ya hecho para que los jóvenes tomaran la posta.

Es justamente cuando la idea de futuro se hace imposible de sostener en forma colectiva que ese lugar hegemónico (que por supuesto ya había entrado en crisis muchas veces, pero sin desaparecer) se desmorona. Durante la larga década neoliberal en la Argentina, cuando la escuela, el trabajo, la política y la familia propia se transforman en vías rotas e incluso a veces en vías muertas para acceder al mundo adulto, para hacerse cargo de la posta, los jóvenes son considerados más que nunca incapaces, fallados, ausentes, y en ocasiones hasta monstruosos. Se los culpabiliza de que no pueden hacerse cargo del futuro, de que están desinteresados en él. Y en este acto de culpabilización se ocultan las estructuras profundas que están haciendo del mundo un lugar inviable, no solo para y desde los jóvenes, sino para las grandes mayorías de la sociedad.

Pero, además, se soslayan las condiciones a las que se los está convocando, la sociedad que se les está entregando. Jóvenes que han sido

traídos a un mundo marcado por la precarización, por la vulnerabilidad, por el desconcierto y el riesgo global, pero a los que se les exige compromiso e interés. Y a quienes, ante la falta de la respuesta esperada, se los responsabiliza de la ausencia de futuro. Como cita Miriam Kriger (2010; Lewkowicz, 2002), en lugar de estar entregándoles la posta se les entrega “el huevo podrido”, un mundo al cual nadie quiere y del cual nadie se hace responsable.

Hacia fines de la década de 1990 trabajé en una investigación en ciencias sociales que publiqué en los inicios de la década siguiente con el título *Jóvenes, el futuro llegó hace rato*, donde daba cuenta de cómo las instituciones, que en la consolidación del Estado-nación moderno habían cohesionado el sentido social, en ese momento estaban en una profunda crisis. Partiendo de la perspectiva de los actores, fui mostrando cómo el mundo del trabajo, la política, la escuela e incluso la familia no solo habían dejado de ser lugares de integración social, sino que para muchos, especialmente para los jóvenes de sectores populares, eran lugares de expulsión de la vida común.

Pero, además, mi propia investigación se inscribía en un campo de estudios que evidenciaba la incertidumbre y la ampliación casi incommensurable del riesgo a escala regional y global. En un contexto de profunda crisis de modernidad o futuro en todo Occidente, la Argentina contaba con el plus de ser un país que, luego de la dictadura y del menemismo, estaba absolutamente polarizado y fragmentado, precarizado, con altos índices de exclusión social, con un Estado de bienestar vaciado, donde pocos habían ganado y grandes mayorías habían quedado fuera de la vida vivible. En este contexto, la imaginación de un futuro posible hacia adelante era impensable. Lo que quedaba era un absoluto presente, que además estaba cargado de vulnerabilidad para amplias mayorías de jóvenes.

Las investigaciones en ciencias sociales de la larga década neoliberal dieron cuenta de ello. Desde las perspectivas que asumían la desintegración y el desmantelamiento de los estados de bienestar, abundaron los trabajos que describían una generación de jóvenes desinteresados con lo que sus padres habían creído, esencialmente la política. En un contexto en el que se levantaba a modo de único discurso la idea de que la historia se había acabado, las indagaciones mostraban a unos jóvenes que veían en los políticos corrupción y lejanía, y en la posibilidad de la revolución, una quimera de viejos, de nostálgicos, o simplemente algo tan distante de sus vidas que ni siquiera podían ni querían balbucear.

Cambiar el mundo no era ni posible ni deseable. Fue un tiempo donde los proyectos se reemplazaban por causas más o menos efímeras y los sujetos dejaban de ser colectivos para ser individuos, consumidores en el mercado.

En todo caso, lo que se rescataba de los jóvenes era su capacidad de resistir el desconcierto a través de tácticas en la vida cotidiana. Los pequeños rituales de la cultura, los modos creativos de apropiarse de lo que el mercado les ofrecía, unos ciertos estilos que hacían de los estigmas emblemas de identidad, iban mostrando jóvenes que ya no podían imaginar lo imposible, pero que no por ello estaban quietos. Que resistían desde la cultura. También se comprobaba que los jóvenes de sectores medios, o lo que se llama jóvenes integrados, encontraban un camino para ser ciudadanos eludiendo la política, e incluso veían en su condena un elemento profundamente político ligado a la impugnación de un orden. Lo cierto es que, en todos los casos, la política no era una opción para transformar el mundo, ni para ellos ni para la sociedad en su conjunto.

Las investigaciones académicas entraban además en diálogo permanente con un contexto de opinión pública fuertemente influenciado por los medios de comunicación. Allí se presentaba de manera lineal y ahistórica a los jóvenes de sectores medios como apáticos y desinteresados, y a los de los sectores populares como peligrosos en el marco de los discursos de seguridad ciudadana. Medios y academia cooperaban paradójicamente en la idea del imposible encuentro entre política y juventud.

Eran tiempos de deterioro y devastación, de desafiliación y desarticulación, y entonces era muy difícil ver a los jóvenes como sujetos de agencia colectiva.

Las consecuencias de un modelo neoliberal que se había forzado con el terror primero, y con la hambruna de las mayorías luego, habían construido una cultura de la inviabilidad de los proyectos comunes de transformación para toda la sociedad, y especialmente para los jóvenes. El Estado, la nación, la política, los derechos, eran de otros. Este orden de imposibilidad era una cultura común para todos, y aunque se les demandara a los jóvenes hacerse cargo, ellos no estaban por fuera de la creencia de que el único orden era el existente. Y eran las únicas perspectivas de análisis, la epistemología de la desesperanza.

Este libro es producto de trayectorias de investigación sobre juventudes compartidas en la Universidad Nacional de La Plata en los últimos diez años con Andrea Varela, Ayelén Sidún, Natalia Ferrante, Daina Bruzone, Federico Rodrigo, Leila Vicentini, Agustín Martinuzi y Anahí Angelini. A ellos, mi enorme agradecimiento. Y como siempre, a Rossana Reguillo, por su generosidad e inteligencia.

## 2001: luego del 20 de diciembre

Esta gran victoria del capital sobre la política se sostuvo en el horror: los miles de desaparecidos, perseguidos, exiliados; los millones de excluidos de la vida vivible. Un horror que parió un modo hegemónico de nombrarlo: aquí ya no hay más luchas, aquí se ha terminado la historia.

No fue solo la cultura (es decir, unos ciertos modos de nombrar el mundo que se hacen sentido común y por lo tanto adquieren el peso de la verdad) la que sostuvo la larga década neoliberal. No fue solo en la cultura donde se reafirmaron, pero también fue en ella. Por eso, hoy asume tanta relevancia la idea de batalla cultural, de contrahegemonía, de construcción de unas nuevas verdades.

El orden que se sostuvo sobre los cuerpos atormentados de los argentinos (contra el trabajo, la educación, la salud, contra todos los derechos inalienables de los pueblos, claro está), y que estalló el 20 de diciembre de 2001, también se sostuvo en la derrota de las expectativas.

El 20 de diciembre fue un tajo en ese orden neoliberal que escondía las esclavitudes, el malestar, pero también las luchas que de maneras más o menos subterráneas decían que no.

Un orden cultural que parecía no tener fisuras. Que parecía domesticar lo salvaje. Que podía hacer aceptable lo inaceptable y encadenar las posibles pulsiones de emancipación.

Pero el 20 de diciembre fue, entre muchas cosas, un tajo profundo: un momento donde algo se abrió, donde brotó la sangre (la sintomática sangre de jóvenes en ese día, también), donde nunca más, se haga la sutura que se haga, se volverá al mismo lugar.

¿Cuál es ese orden cultural, entonces, que opera en la larga década neoliberal como artificio de la ausencia de contradicciones, de conflicto, de política y, por lo tanto, como un modo de narrar el mundo funcional a la derecha y a la conservación de lo existente? Un existente definido por la exclusión de las mayorías, por la concentración de to-

dos los tipos de capitales en pocas manos. Y por la ubicación, a través del discurso de la seguridad ciudadana, de los jóvenes pobres como causantes del mal.

## La cultura del neoliberalismo

Hablar de cultura implica muchas cosas. Ninguna de ellas la aleja de la sociedad. Sin embargo, esto no indica anular todo tipo de autonomía, incluso para reafirmar la sociedad: los poderes también necesitan de la cultura para ser efectivos. Eso lo sabía muy bien Antonio Gramsci, como tantos otros, y lo sabemos muy bien los argentinos que vimos cómo un proyecto como el que denunció Rodolfo Walsh en su “Carta Abierta a la Junta Militar” necesitó para implementarse primero de la fuerza y la gestión del terror y luego menos (no nada) de la fuerza, pero también de las creencias, de las ideas, de las normas, es decir, de la cultura. Reiterativamente: no es posible pensar el neoliberalismo sin sus muertos, pero tampoco sin sus ideas.

Una de las grandes ideas de los noventa fue el fin de la política: se dijo que había desaparecido, que solo los nostálgicos o los burócratas podían creer en ella. La otra, ligada claramente a la primera, es que habían desaparecido los grandes colectivos.

Este discurso del fin de las estructuras se tejió con las decisiones de muchos de los gobiernos democráticos de la región que implementaron reformas que implicaban ajustes fiscales, privatizaciones masivas y desregulación de los mercados en contextos de corrupción. Pero, además, estos fueron años de una formidable concentración capitalista de los bienes comunes, tanto materiales como simbólicos. Todos cambios estructurales que fueron narrados como un nuevo orden.

Enumero de manera sintética algunas de las demás ideas de este nuevo orden.

La noción de que las fronteras habían desaparecido o eran porosas (se describe: están hechas de alambres caídos, posibles de ser entendidas como modo de encuentro, como zonas de contacto). Esta fue una fórmula claramente sensible a un momento donde el conflicto tenía mala prensa: “Nada nos separa, todos juntos en el mercado”, pareciera ser la consigna. Conceptos como globalización y sociedad de la información se transforman en los nuevos fetiches del momento, siempre dispuestos a explicarlo todo (y negarlo todo también; por ejemplo,

negar las fronteras que se levantaban con hierros blindados para los *espaldas mojadas* del mundo, las fronteras que fueron dando forma a los barrios privados de los que ganaron sobre la hambruna de los otros; no todos pierden en el capitalismo salvaje).

Pero, además, esta idea de las fronteras caídas sostuvo la afirmación de que las naciones habían terminado, que eran una más de las figuras en extinción de los nostálgicos que se habían quedado atrás.

El no poder. El enflaquecimiento de la problematización del poder, anclado en la afirmación de que el poder había dejado de ser demoníaco y material para ser fluido, ambulante y subjetivo, alimentando el abandono de la dimensión de clase y de la desigualdad para el análisis. Finalmente, ¿para qué señalar el poder si al ubicarlo en todos lados no era posible ubicarlo en ninguno? La denuncia del poder, su sola enunciación, se volvió una vez más asunto del pasado.

El agotamiento de la totalidad o el imperio de los fragmentos. Esta fue una época que enunció la desaparición de la totalidad. Babel dejará de ser un castigo para ser celebrada (nos recuerda Renato Ortiz en *La supremacía del inglés* que en el relato bíblico de Babel la pérdida de la lengua universal, de una lengua única, sobreviene como castigo; pero ahora Babel se celebra, porque los universales “han sido autoritarios, falsos”, afirma).

De esta manera se festeja el fin de las totalidades, de la gran Historia, y su reemplazo por las historias mínimas. Las teorías de la multiculturalidad, de los fragmentos al infinito, se resaltan una y otra vez para describir los nuevos estatutos del mundo contemporáneo que se relamen en lo que Eduardo Grüner (1998) llamó la “fetichización de los particularismos”: fragmentos que se juegan en sí mismos, sin ninguna referencia a estructuras más amplias.

Por último, el acuerdo de muchos en anunciar la desaparición de lo real. Vía giro lingüístico, pero más vía triunfo de las derechas, se consolidó la increíble y fantástica idea de que la realidad también había muerto y se estaba en el cielo de los simulacros.

### **El tajo**

Sin embargo, el 2001 se erigió como emblema de una historia real que no había muerto. Que balbuceaba unos caminos de signos nada transparentes ni lineales: los movimientos sociales que irrumpieron en

el espacio público para denunciar los efectos perversos del liberalismo (en la Argentina, pero no solo aquí, sino, antes o después, en varias naciones del Cono Sur); un No profundamente político a los políticos, que impugnaba la política como empleada de las corporaciones; el desarrollo de unas nuevas izquierdas en toda la región (que van a reivindicar viejas banderas, pero que también se van a hacer eco de novedosos planteos); la crisis global desatada o visibilizada por los atentados del 11 de septiembre (que vuelven a escena súbitamente una perversa totalización –Occidente/Oriente, o *ellos o nosotros*– incompatible con el reino de los fragmentos); la carnalidad de la tortura y sus imágenes que recorren el mundo desafiando el consenso de que todo es imagen; finalmente, la crisis económica mundial que muestra como nunca antes que la globalización es pagada en sus consecuencias negativas por todos, pero que su gestión y provecho es de muy pocos.

La lista podría ser más profunda y compleja, pero lo que me interesa señalar, al menos muy brevemente, es que el discurso sobre un orden de la absoluta fragmentación, desmaterialización, desaparición de fronteras y licuamiento de la historia en manos del mercado ya no puede ser enunciado como plataforma desde la cual pensar lo social.

Este es el tajo: el que rompe el orden y muestra lo que hay en la profundidad.

Y en la profundidad hay luchas, hay historia, hay política. En la profundidad es posible denunciar el movimiento atroz y falaz que sostiene la enunciación de que la política ha muerto, y reencontrar la memoria de los que lucharon y los que luchan por la justicia. Hay jóvenes.

Es justamente eso que está en la profundidad lo que sostiene después, en muy poco tiempo, a un extraordinario presidente que en el acto monumental de hacer bajar los cuadros de los genocidas vuelve a crear la historia para los argentinos. Porque es la política la que vuelve a ser posible para los argentinos en un contexto latinoamericano de profunda transformación.

### **Este libro**

Si los jóvenes han sido pensados desde el contexto de derrota y devastación, me planteo en este libro el desafío de pensarlos hoy en un contexto de recuperación y de reinención del futuro.

Estamos en un momento en el que no solo en la Argentina, sino en

América Latina, se afianzan procesos políticos que, más allá de todas sus diferencias, se posicionan ante el neoliberalismo como horizonte negativo. Desde allí sostienen la necesidad de transformación a través de la política, poniéndose como objetivos la reafirmación de la verdad, la memoria y la justicia, el combate a la pobreza, el enfrentamiento de los poderes concentrados, la unidad regional, el reconocimiento de las identidades subalternizadas, la soberanía nacional.

Por supuesto que estos movimientos no son lineales, no se dan a la manera de manual, sino que están llenos de contradicciones, idas y vueltas, pero a un ritmo que no se detiene. Se podrá pensar que el kirchnerismo es la opción de la derecha para encauzar el argentinazo de 2001 o, por el contrario, creer, como yo, que es una opción por izquierda para la reconstrucción de un proyecto nacional y estatal con inclusión. Pero lo que no se puede poner en duda es que ha habido un cambio con respecto a las décadas anteriores. En este sentido, cobra relevancia la comprensión de unos jóvenes que han comenzado a socializarse bajo los efectos del 2001, que lo tienen como referencia, y que hoy se encuentran en un país que se ha movido de lugar. Escuchar sus voces seguramente nos permitirá comprender de manera más compleja cuál es ese lugar.

Este libro intenta hablar de lo que permanece y de lo que cambia. De lo que entra en contradicción, de lo que se mueve y se resiste a ser ubicado. De las penosas maneras de ser joven en la Argentina que se han ido construyendo a lo largo de décadas, y de las maravillosas formas de ir transformando y reconstruyendo una salida. Del desencanto, pero también de las nuevas posibilidades del encanto para aquellos que han venido a un mundo sin elegirlo pero del que inevitablemente se harán cargo. En una región, como dice el rap, “sin piernas pero que camina”.

Por lo que camina.

## Primera parte

### Lo que queda de la destrucción